

LA PECULIARIDAD COSTARRICENSE¹

Juan Diego López

Tres características resumen la evolución histórica de la región centroamericana: el llamado “imperativo canalero”, que expresa el ansia de las clases dominantes de insertarse en el mercado mundial por medio de la explotación de su situación geográfica ístmica; la gravitación norteamericana, cuya fuerza ha sido determinante en la historia regional, y la entronización del llamado “despotismo reaccionario”, la forma peculiar del ejercicio del poder de las clases dominantes centroamericanas. Estas condiciones dan como resultado la aparición de altos contrastes en la configuración política de la región. Uno de estos ha llamado poderosamente la atención, en cuanto resume el desarrollo desigual y constituye la expresión más característica de los extremos que presenta la región. Me refiero a la controvertida peculiaridad de la formación nacional costarricense.

Concuerdo con E. Baloyra y R. McDonald, cuando sostienen que la clave para interpretar el desarrollo histórico centroamericano radica en la evolución de la institución militar; discrepo cuando exceptúan a Costa Rica y la tratan como una extravagancia de la historia. Soy del criterio que, en el caso costarricense, la clave de su peculiaridad no es la ausencia del ejército, si no que, por el contrario, es la peculiaridad de la evolución militar costarricense la que constituye la verdadera clave de su evolución democrática.

En efecto, después de la independencia, Costa Rica sigue el mismo patrón militarista de los otros países centroamericanos. Más aún, de acuerdo con los más novedosos enfoques sobre esta materia, Costa Rica avanza en la segunda mitad del siglo XIX con un ejército en auge y con una sociedad profundamente militarizada. La tradición militar costarricense tuvo sus bases en la campaña nacional de 1856-1857, de la que el país emerge como líder regional, gozando del prestigio típico del vencedor y de un ejército fogueado en operaciones militares de envergadura internacional. Su poderío se consolidó durante los gobiernos de los generales Tomás Guardia (1870-1882), Próspero Fernández (1882-86) y Bernardo Soto (1886-89) y, para finales del siglo XIX, contaba con tres cuartas partes de la población sobre las armas. Ya para el nuevo siglo, Costa Rica constituye la primera potencia militar centroamericana.

Paradójicamente, la consolidación de la institución castrense en Costa Rica coincide con la gran reforma educativa de 1886, que concentró los esfuerzos nacionales en la enseñanza general básica, y con el cierre de la vieja Universidad de Santo Tomás. Aunque algunas carreras se mantuvieron vigentes hasta la fundación de la Universidad de Costa Rica en 1940, su acceso era un privilegio reservado a la exigua clase media, mientras que las familias acaudaladas optaban por la formación en universidades extranjeras. La única institución que ofrecía una formación regular de carácter profesional, laica y gratuita, era el ejército.

No existen estudios específicos acerca de este importante aspecto de la historia costarricense; sin embargo, el prestigio y la presencia de la institución militar en la vida social es evidente en la bibliografía disponible y las fuentes invitan conjeturar sobre las características de la formación castrense.

Las necesidades técnicas, además de la estrategia y las tácticas de guerra, obligan al estudio de la geometría, con el fin de dominar los principios de la balística, base de la moderna artillería; el desplazamiento de tropas exige el dominio de la topografía y la orienta-

¹ Ponencia presentada en el coloquio *Identidades culturales* en ocasión de la “Semana del 30 aniversario” (Universidad Nacional, Facultad de Filosofía y Letras, 2003).

ción astronómica; las clases superiores estudian la historia de los conflictos bélicos y las más célebres campañas militares; probablemente, la formación incluiría algunos elementos de ética y filosofía y, por supuesto, el latín.

Las inquietudes culturales de los sectores más populares sólo podían ser satisfechas por medio de la carrera militar y, pronto, los cuarteles se convirtieron en los principales centros de instrucción, disciplina y prestigio social. Con ello, el ejército costarricense rebasó las funciones elementales de alfabetización que cumplen las instituciones castrenses en el resto de Centroamérica.

Las causas de la obsolescencia y el fenecimiento del ejército costarricense son extraordinariamente complejas y en su explicación entran en juego diversas fuerzas políticas y económicas. Sin embargo, por profundas que sean las motivaciones, la manifestación exterior adquirió la forma de un conflicto entre el poder civil y el poder militar. La contradicción se agudizó con la controvertida elección de Alfredo González Flores, un economista de 36 años, demasiado joven para los parámetros de la época y que, según un mecanismo electoral que daba poder de decisión al Congreso en casos especiales, ni siquiera había figurado como candidato presidencial. El nuevo presidente pretendía gravar el capital y controlar la economía mediante la creación de una banca estatal. Naturalmente, los ánimos se fueron caldeando. Según se dice, la clase dominante montó una campaña de desinformación y desprestigio contra el Presidente González Flores tan eficiente que, al poco tiempo de gobierno, el pueblo exigía su deposición. El ministro de la guerra, general Federico Tinoco Granados, arquetipo del dictador latinoamericano en la novela *El recurso del método* de Alejo Carpentier, fue el hombre que acató aquel llamado. En medio del júbilo popular y multitudinarias manifestaciones de apoyo y simpatía a su régimen *de facto*, Tinoco ascendió al poder en 1917. Inmediatamente, legitimando la ruptura de casi cincuenta años de orden constitucional, convoca a una asamblea constituyente y gana la elección presidencial, en condición de candidato único, por una abrumadora mayoría.

La luna de miel con el nuevo gobierno fue intensa, pero corta y dramática. Ni siquiera el contubernio con la prestigiada y poderosa estructura militar logró ocultar la desproporcionada inclinación despótica y corrupta del gobernante. En agosto de 1919, presionado por el movimiento popular y la presencia de la clásica “cañonera” en las costas del Caribe, Tinoco renuncia a la presidencia y se exilia en Francia.

Con la liquidación del régimen tinoquista, los liberales aprovecharon su derrota para despojar al ejército del inmenso poder que había alcanzado y le propinan un golpe contundente, del cual ya no lograría recuperarse. Fue drásticamente reducido y limitado y se abrió la posibilidad para su progresiva sustitución por una policía civil.

Aunque en aquel momento no se consideró su abolición, el ejército fue apartado de las estructuras de poder y se le asignó una función puramente decorativa. Durante los treinta años subsiguientes, el ejército costarricense mantuvo una presencia agónica, cada vez más circunscrita a las actividades protocolarias y al papel de simple edecán presidencial.

El punto de quiebra del ejército costarricense inaugura la sucesiva hegemonía política liberal hasta 1940. En 1920, el presidente Julio Acosta restaura la unidad nacional mediante la consigna de “perdón y olvido”, al mismo tiempo que impulsa una fuerte restricción en el presupuesto militar; política ésta acentuada en los dos períodos del gobierno de Ricardo Jiménez (1924-28; 1932-36) y en la segunda administración de Cleto González Víquez (1928-32). Para 1940, de acuerdo con el informe de la misión militar norteamericana-

na, el arsenal costarricense estaba compuesto por armas inservibles y la oficialidad del ejército era nombrada por consideraciones exclusivamente políticas².

En 1948 sólo había un oficial con experiencia de combate, el ejército contaba con escasos quinientos efectivos dislocados en todo el país y, a duras penas, mantenía un destacamento de creación norteamericana, la Unidad Móvil, que acaso superaba el medio centenar de efectivos³.

En estas condiciones, el acto de abolición constitucional del ejército en 1949, con toda la importancia y el significado que implica, fue sólo el trámite de defunción de una institución desahuciada, cuya suerte quedó sellada definitivamente con la creación de la Universidad de Costa Rica y que sufrió el colapso final con la guerra civil de 1948.

De esta manera, la abolición constitucional del ejército consumó la separación de Costa Rica de su entorno centroamericano y completó el cuadro de los profundos contrastes que presentaba la región.

² Cf.: Schifter, Jacobo, *Las alianzas conflictivas* (San José: Editorial Libro Libre, 1991).

³ *Ibid.*